

prefería (como Tobler) respetar el texto original, añadiendo al final de cada volumen las correcciones y adiciones necesarias para mostrar el progreso de la filología románica en aquellos años.

A. E. BEAU, "Ein unbekannter Brief von António de Araújo de Azevedo (Conde da Barca) an Alexander von Humboldt im Besitz Goethes", pp. 685-690.—Reproduce la breve carta; habla del papel desempeñado por el Conde y de su interés por la ciencia alemana.

A. ALATORRE

M. FRENK ALATORRE

J. M. LOPE BLANCH

El Colegio de México.

BENVENUTO TERRACINI, *Pagine e appunti di linguistica storica*. Le Monnier, Firenze, 1957; 303 pp.

Como homenaje a Terracini en su 70<sup>o</sup> aniversario, se han reunido en este volumen diecisiete trabajos suyos, algunos inéditos. El primero de ellos, de carácter teórico ("Questioni di metodo nella linguistica storica", pp. 1-40), muestra cómo el criterio clásico y el experimental, lejos de oponerse, pueden enlazarse y completarse mutuamente; aunque data de 1921, este artículo conserva aún gran actualidad por la trascendencia de los problemas que plantea. Trabajos de índole general son los dos siguientes ("Sostrato", pp. 41-79, y "L'héritage indo-européen et les substrats méditerranéens", pp. 80-92), a través de los cuales estudia Terracini las condiciones culturales, históricas y geográficas que intervienen en la acción de las fuerzas originadas por el sustrato o los superestratos. El admirable espíritu crítico del autor se pone de relieve en sus investigaciones de carácter histórico, que abarcan el campo de las lenguas clásicas ("Per la storia delle lingue classiche", pp. 136-166, título bajo el cual se agrupan sus luminosas reseñas a los diccionarios de Ernout-Meillet y Rohlf's) lo mismo que el dominio de las lenguas románicas: En su breve artículo sobre "Le origini della declinazione romanza" (pp. 180-183) muestra, con base en la modalidad norteafricana del latín, los inconvenientes originados por la creencia ciega en que "l'uso delle preposizioni segni la prima tappa della morte della declinazione". Dentro del mismo campo, es muy importante su amplia reseña del libro *Reflexive verbs* de Granville Hatcher ("Sobre el verbo reflexivo y el problema de los orígenes románicos", pp. 167-179). Tres de los artículos incluidos en este volumen se refieren al mundo lingüístico sardo: en el primero de ellos ("Osservazioni sugli strati più antichi della toponomastica sarda", pp. 93-110) muestra Terracini la relación lingüística existente entre Cerdeña de un lado y África y la Península ibérica de otro; en el segundo ("Gli studi linguistici sulla Sardegna preromana", pp. 111-135) pone de relieve la excepcional mediterraneidad de los elementos lingüísticos sardos y hace una breve historia de la romanización de la isla; romanización que estudia también, a través de los más antiguos textos conservados, en el tercero de estos artículos ("Romanità e greccità nei documenti più antichi di volgare sardo", pp. 189-195). De gran interés son los seis estudios sobre la historia de la lengua literaria italiana, que el autor hace sirviéndose exclusivamente de los escritos de Dante; en dos de ellos, que giran en torno al *De vulgari eloquentia* (pp. 184-188 y 237-246), muestra Terracini cómo Dante tenía consciencia plena de la individualidad y madurez de la lengua vulgar; la *Vita nuova* y el *Convivio* son objeto de cuatro luminosos estudios estilísticos (pp. 247-293). Completan esta rica serie de investigaciones dos trabajos dialectológicos sobre "La lingua delle canzoni popolari piemontesi" (pp. 213-236: se

aprecia en ella nítidamente la gran influencia francesa) y sobre el "Dialecto piemontese", en particular el turinés (pp. 196-212). La extensa bibliografía de Terracini, ordenada cronológicamente, completa esta valiosa publicación.—  
J. M. LOPE BLANCH.

JOSÉ C. ANDRADE, S. J., *Horacio, poeta lírico. Su influencia en la literatura castellana* [así en la portada interior; en la exterior, *Horacio en la lírica castellana*]. Empresa Nacional de Publicaciones, Bogotá, 1956; 308 pp.

En los nueve primeros capítulos trata el autor de caracterizar los valores de la poesía de Horacio —orden, unidad, claridad, nacionalismo, religiosidad, y por encima de todo "buen gusto"—, y en los trece restantes pasa revista a la poesía de España e Hispanoamérica (excluyendo, no se sabe por qué, a Puerto Rico, Panamá, Bolivia y Paraguay), para ver si los "vates" de lengua española se ajustan o no a la pauta horaciana. No trata, pues, de la "influencia" de Horacio en sentido estricto —como Menéndez Pelayo—, y ni siquiera menciona las traducciones horacianas de fray Luis de León o de Ismael Enrique Arciniegas (de fray Luis dice sólo, con alguna hipérbole, que fue "traductor de todas las literaturas, gigante asimilador de todas las formas de estética extranjera", p. 110); sólo se ha propuesto distinguir entre los poetas buenos —los que ostentan las cualidades que tuvo Horacio— y los poetas malos.

El primer español estudiado "desde el criterio horaciano" es "Juan Ruiz, popularmente conocido con su título de Arcipreste de Hita" (el *Poema del Cid* es de "configuración un tanto imperfecta" y Berceo demasiado "pesado", de manera que aún no se les puede aplicar el módulo horaciano). Pregunta el padre Andrade: "¿Puedese admitir, en crítica sana, como obra de arte, el libro del *Buen Amor* que, no obstante estar escrito por un clérigo, sin criterio alguno de selección moral, da fácil acogida en sus renglones a cuentos lúbricos y frases obscenas, en mezcla estrambótica con cantos sagrados y amonestaciones ascéticas?" Aunque el sentido de esta pregunta retórica no deja lugar a duda, el padre Andrade, inesperadamente, otorga su perdón al Arcipreste: el *Libro de buen amor* es un cajón de sastre, pero reducido "a la unidad de un punto de observación", "y ésta fue la dote horaciana del autor"; además, es muy realista (cf. el "autorretrato": "la cabeza non chica, velloso, pescozudo..."), "y éste es el otro mérito que lo hace soberanamente horaciano"; ergo, "entre toda la multitud de poetas de la edad media europea se destaca [el Arcipreste] como el cedro que en la selva sobrepasa, con el ramaje de su copa, a todos los árboles" (pp. 93-95). También es horaciano el romancero (pp. 99-108). También, globalmente, la poesía dominicana, "siempre de *buen gusto*, salvo raras excepciones" (p. 143). ¿Y la uruguaya? "Desafortunadamente", no (p. 203). La inquietante pregunta se repite a cada paso; en la p. 169: "Qué le faltó [a Amado Nervo]... para ser un gran poeta de estilo horaciano?"; en la p. 237: "¿Es Darío poeta horaciano?" (respuestas: "Horacio era un poeta sano...; Darío [aunque "nació poeta inmenso"] tenía los desequilibrados de Verlaine"); en la p. 225, al final del capítulo consagrado a la Argentina: "¿Hay en esa poesía valores horacianos?" (la respuesta, en la p. 228: "se dio igual fenómeno que en las otras literaturas; los genios como Lugones crearon poesía horaciana; y los mediocres se encargan de crear la decadencia"). Fray Luis de León, horaciano como ninguno, es por ello "el mejor escritor en castellano" (p. 111), y Núñez de Arce "es en el siglo XIX el poeta clásico al estilo de León", con lo cual está dicho todo (pp. 131-132). Góngora fue horaciano en sus romances y letrillas, "no sólo por guardar los preceptos de *buen gusto*... sino por la chispa humorística tan propia del escritor latino", pero